

LA FELICIDAD: UN ASPECTO DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA*

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Julio Iglesias de Ussel**

La felicidad es vivir sintiendo, lo menos posible, que el hombre, en realidad, está solo.

Yoshimoto, *Kitchen*.
Ed. Tusquets, 1994. Pág. 83.

1. INTRODUCCIÓN. PROBLEMAS DE DEFINICIÓN Y CONCEPTO

Cuando el 3 de marzo de 1794, en su informe en Francia a la Convención, Saint Just anunció que la felicidad era una idea nueva que recorría Europa, es notorio que se equivocaba de plano. Ni la felicidad se limitaba a ser una idea, ni menos aún era nueva, pues ya había suscitado gran interés en las mejores mentes de la historia del pensamiento. No supo calibrar el pasado, pero tampoco el futuro. Lo que se iniciaba era un inmenso campo de reflexión, análisis y sueños extensibles, paulatinamente, a toda la humanidad. Un par de siglos después se ha convertido en la aspiración y la ambición preferente de miles de millones de ciudadanos de todos los continen-

* El presente trabajo contiene la versión oral preliminar de una investigación en curso sobre: "El Análisis de la felicidad y el impacto de la crisis", financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad con el código CSO2012-39677, donde se desarrollan cuestiones aquí esbozadas y aparecen las fuentes bibliográficas detalladas.

** Sesión del día 27 de marzo de 2012.

tes. La vida y el sueño se ha vinculado a ese horizonte tan atractivo. La conversión de los goces materiales en un elemento integrante de la felicidad es ya el objetivo preferente de luchas, esfuerzos, trabajos y las ansias de consumo. Hasta ha llegado a utilizarse para definir toda una época de Europa como la de los “felices años veinte” para aludir a los años 20 del siglo XX, la corta pausa entre dos guerras mundiales y otras innumerables catástrofes. Y ya en los inicios del siglo XXI, la cuestión de la felicidad es hasta una moda, asaltada por innumerables aportaciones de psicólogos, economistas, filósofos, sociólogos, políticos, legisladores, ensayistas, periodistas, hasta arquitectos y siempre por los poetas. Los principales medios de comunicación del mundo, como el *Time* o *The Economist*, han dedicado sus portadas a llamar la atención a este tema de nuestro tiempo al igual pero diferente que de todos los tiempos. Y quien sabe si constituye un buen alimento para tiempo de crisis, el orientar a la sociedad hacia su propia subjetividad. El interés por el estudio de las emociones o por las amistades o por la calidad de vida o lo interpersonal, denotan la relevancia adquirida por cuestiones fronterizas con la felicidad.

Ni era nueva, ni era tan solo una idea; se encontraba incluso consagrada ya hasta en importantes textos constitucionales. El art. 1 de la Declaración de Derechos de Virginia (1776) reconocía el derecho a “la búsqueda y obtención de la felicidad”; el Preámbulo de la “Declaración de Independencia” de Estados Unidos (1776) menciona entre los derechos inalienables, y al mismo nivel que la vida y la libertad, “la búsqueda de la felicidad”; la referencia a “promover el bienestar general”, aparece en el Preámbulo de la Constitución de Estados Unidos (1787) y el Preámbulo de la “Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano” (1789) anuncia el propósito que todos los actos del poder “redundan siempre en beneficio del mantenimiento de la Constitución y de la felicidad de todos”.

En España, en el Estatuto de Bayona, en 1808, en su art 6 apareció ya el término “felicidad” dentro de la fórmula del juramento del rey: “Juro sobre los Santos Evangelios respetar y hacer respetar nuestra santa religión, observar y hacer observar la Constitución, conservar la integridad y la independencia de España y sus posesiones, respetar y hacer respetar la la libertad individual y la propiedad y gobernar solamente con la mira del interés, de la felicidad y de la gloria de la nación española”. Nadie diría hoy, conociendo nuestra inmediata historia gubernamental, que hubo una vez una Constitución —la de Cádiz de 1812— que en su art. 13 establecía que: “El objeto del Gobierno es la felicidad de la Nación, puesto que el fin de toda sociedad política no es otro que el bienestar de los individuos que la componen”. A lo mejor era en este artículo en el que pensaba Lord Holland, protector de Blanco Withe en Inglaterra, cuando dijo que en esa Constitución había: “demasiada definición”.

La felicidad tenía una larga historia con innumerables análisis, que nos han legado ingente literatura sobre esta más que escurridiza cuestión. Son innumerables las tentativas de clarificar la felicidad abordando su propia definición. Pero las pruebas distan de ser concluyentes e incluso hay posiciones que desalientan el propio propósito, Así Kant nos advirtió que: “El problema de determinar con seguridad y universalidad qué acción fomenta la felicidad de un ser racional es totalmente irresoluble, puesto que no es posible a este respecto un imperativo que mande en sentido estricto realizar lo que nos haga felices, porque la felicidad no es un ideal de razón sino de la imaginación”. Y todavía más radicalmente, el propio Kant —en *Fundamentación de la Metafísica de las costumbres*— afirma que: “El concepto de la felicidad es tan indeterminado que aunque todo el mundo desee conseguirla, nadie puede decir de forma definitiva y firme qué es lo que realmente desea y persigue”. En la misma línea se mueve Freud para quien le felicidad: “Es algo esencialmente subjetivo”, y por eso le parecía tarea inútil intentar abordar una historia de ese término. *El malestar de la Cultura* —que iba a titularse “La infelicidad en la cultura”— inserta la felicidad en otra óptica. Bajo una óptica pesimista, considera la infelicidad inserta inevitablemente en la biografía de los seres humanos. Ni siquiera las instituciones creadas por la misma acción humana, empezando por el Estado, proporciona esa añorada felicidad; y más pesimista es aún con las aportaciones que la ciencia y la tecnología ha ofrecido a la humanidad, que tampoco ha incrementado su felicidad. Para él aunque el hombre cree encontrar en la felicidad el sentido de su vida, sus resultados son sin embargo desconsoladores. La posibilidad de encontrar la felicidad en transformar el mundo por otros rasgos adecuados a los deseos propios, conduce inevitablemente al desencanto: “Quien en desesperada rebeldía —escribe Freud— adopta este camino hacia la felicidad generalmente no llegará muy lejos porque la realidad es más fuerte”. Pero no solo es la transformación del mundo la que conduce a esta infelicidad, como nos recuerda Helena Bejar. Otros ámbitos de la individualidad, conducen a similares derroteros. La mayor fuente de desdicha se produce cuando se pierde el objeto amado; y recuerda el texto de Freud: “jamás nos hallaremos más a merced del sufrimiento como cuando amamos, jamás somos tan desesperadamente infelices como cuando hemos perdido el objeto amado y su amor”.

Pero quizá fue Ortega quien argumentó más brillantemente esta perspectiva pesimista, al apuntar toda una teoría de la inexorable infelicidad de la condición humana, teoría que naturalmente no desarrolló. La infelicidad es condición inexorable para el ser humano, condenado irremisiblemente a ser infeliz, precisamente porque aspira a ser feliz. Su argumento es de gran brillantez y merece ser recogida en su totalidad: “Lo más valioso en el hombre es su eterno y como divino descontento; descontento que es una especie de amor sin amado y un como dolor que sentimos en miembros

que no tenemos. El hombre es el único ser que echa de menos lo que nunca ha tenido. Y al conjunto de lo que echamos de menos sin haberlo tenido nunca es lo que llamamos felicidad. De aquí podría partir una meditación sobre la felicidad, un análisis de esa extraña condición que hace del hombre el único ser infeliz precisamente porque necesita ser feliz. Esto es: porque necesita ser lo que no es” (J. Ortega y Gasset: *Una Interpretación de la Historia Universal*). Su argumentación no le impidió desde luego contradecirla en otras ocasiones al sostener que con el teatro clásico “han encontrado la felicidad mis compatriotas”, lo mismo que con los toros, con los que durante los dos últimos siglos “el pueblo español ha logrado ser feliz”.

La imposibilidad de definir la felicidad la ha propugnado en España Gustavo Bueno (en *El mito de la felicidad*. ediciones B, 2005) para quien la felicidad no existe; es una idea absurda para cuya formulación nunca tendremos un lenguaje apropiado porque no se puede definir porque el lenguaje solo expresa lo que puede ser pensado. Lo que se piensa que es felicidad no es sino bienestar o confort. La postura de Emilio Lledó, desde posiciones muy diferentes, conduce a un resultado análogo. Para él el engarce entre la felicidad individual y colectiva es de tal naturaleza que hace imposible la primera sin la segunda. La vida colectiva hace imposible la felicidad individual, por la infelicidad que viene de fuera que conduce “al reconocimiento y aceptación de la insalvable finitud de nuestra generosa infelicidad”.

De manera semejante a la imposibilidad de definir el tiempo si se pregunta qué es, no son pocos quienes prescriben que la felicidad se diluye si nos preguntan si lo somos y, por tanto, resulta obligado no centrar nuestra aspiración en ella sino en dimensiones concretas que no sean la felicidad como tal, con lo que lo que estaremos en condiciones de alcanzarla como resultado derivado. Es la posición de Stuart Mill.

Stuart Mill reconoce que la felicidad es uno de las pocas cuestiones en las que hubo de modificar sus ideas y su carácter. Reconoce que inicialmente mantuvo una posición esencialista: “Nunca, en verdad, vacilé en la convicción de que la felicidad es la prueba de toda regla de conducta y el fin de la vida”. Pero cambió por completo su perspectiva: “Ahora pienso que este fin sólo podía alcanzarse no haciendo de él un fin directo. Sólo son felices —pienso— los que tienen su espíritu fijo sobre cualquier objeto que no sea el de su propia felicidad: en la felicidad de los otros, en el perfeccionamiento de la Humanidad, aun en cualquier arte o empresa, perseguida, no como un medio, sino como un fin ideal en sí mismo. Así, aspirando a otra cosa, se encuentra la felicidad en el camino. Los goces de la vida —tal es ahora mi teoría— son suficientes para hacer de ella una cosa agradable cuando se toman en *passant*, sin hacer de ellos un fin principal. Convertidos en tal, percíbese inmediatamente su insuficiencia. No pueden soportar

un examen escrutador. Pregúntaos si sois felices, y dejáis de serlo. La única solución es tomar como propósito de la vida, no la felicidad misma, sino cualquier fin extraño a ella. Dejad que vuestra propia conciencia, vuestro espíritu analítico, vuestra introspección, se agoten en él, y de este modo, rodeados de felices circunstancias, respirareis felicidad en el aire, sin notarlo, sin pensar en ella, sin exaltarla en la imaginación y sin ahuyentarla por fatal interrogación. Esta teoría vino a ser entonces la base de mi filosofía de la vida. Y aún estoy apegado a ella como la mejor teoría para todos aquellos que poseen la sensibilidad y la capacidad para el goce moderado; esto es, para la gran mayoría de la Humanidad”.

Aunque quizá sean los artistas quienes mejor nos sitúan en la comprensión de la felicidad, como Woody Allen para quien: “Solamente puedes alcanzar la felicidad si te aíslas en tus cuentos de hadas y falseas la realidad. La única forma de ser feliz es negando la realidad y comprando ilusiones que den sentido al universo”. De una manera más prosaica, Gary Cooper afirmó que la felicidad era tener trabajo durante el día y sueño durante la noche. Pero fue Jardiel Poncela el más pesimista: Para ser feliz hay dos opciones: “Una hacerse el idiota, la otra serlo”. O Erasmo de Rotterdam para quien: “La única felicidad es no saber nada”.

Así como la filosofía ha prestado siempre atención al tema —y el libro de G. Fernández de la Mora *Sobre la Felicidad* (2001) recorre la cuestión a lo largo de la historia de la filosofía— otras disciplinas han construido su legado dejando prácticamente al margen este problema. Una de ellas ha sido desde luego la sociología que ha sido muy reticente sobre este aspecto de la realidad social. Pese a la importancia hasta económica de la felicidad, hay que decir que las ciencias sociales hasta recientemente, han prestado poca atención a la felicidad de las personas; probablemente la pobreza y el atraso impedían ocuparse de un asunto que se suponía privilegio en definitiva de unos pocos. La muy larga tradición crítica sobre el lujo, el bienestar y la consumo, censurado desde todas las perspectivas —desde la religiosa al marxismo, desde la tradición aristocrática o elitista hasta los ecologistas—, ha dado lugar a muchas más páginas de censuras que de análisis. Quizá la consistencia de la interpretación crítica haya sido una explicación de la desatención por las ciencias sociales o por mejor decir, su tardío descubrimiento. La sociología no ha sido una excepción y en el caso de los padres fundadores se preocuparon mucho más por los sufrimientos que por el bienestar humano. Aunque hay precedentes estadísticos reseñables. Así, el escocés John Sinclair, familiarizado con la estadística alemana de la época, empleó técnicas cuantitativas en los estudios rurales, y lo aplicó a la elaboración de una estadística tan monumental que requirió siete años y 21 volúmenes entre 1771 y 1779. Se publicaron bajo el título de *The Statistical Account of Scotland*. Y en ella definía la estadística como: “La investigación del estado de

un país para determinar el grado de felicidad de que gozan sus habitantes y los medios de mejorarla en el futuro”. El clero facilitó los datos de las 881 parroquias de Escocia y la columna vertebral fue un cuestionario de más de 100 preguntas.

Se trató desde luego de una iniciativa sin seguidores y en gran parte por la propia naturaleza del nacimiento de la sociología. Por un lado, el análisis de la desorganización generada por la industrialización, centró su atención en los problemas de la pobreza, mucho más homogéneos. Como escribió Barrington Moore, “Si los seres humanos encuentran dificultades para ponerse de acuerdo sobre el significado y las causas de la felicidad, encuentran mucho más fácil reconocer cuando su situación es de miseria”. Su concepción era que la miseria consiste en fenómenos objetivos y de alcance universal, mientras que la felicidad es individual y subjetiva. Como consecuencia natural, los investigadores se centraron en los problemas de la pobreza y no de la felicidad. Pero es que además el clima intelectual favoreció también esa orientación. El auge de las ciencias naturales y la pretensión de trasladar sus técnicas a la Sociología —recuérdese que Comte la denominó inicialmente “Física Social”— orientó sus estudios a todo aquello que pudiera medirse o contarse. Y el estudio de la felicidad desde luego no aparecía abordable a los estudiosos del momento. Y fue en gran parte como resultado de los estudios sobre la estabilidad matrimonial y el divorcio, cuando la sociología americana desde los años 1930 comenzó a prestar atención sistemática a la felicidad; una línea de investigación que es hoy desbordante dentro y fuera de Estados Unidos.

Todavía la segunda edición del *Diccionario de Sociología* editado por Alianza editorial en 2006, carece de esta voz aunque se aluda a la cuestión al examinar la voz “utilitarismo”. Y lo mismo ocurre en el Diccionario de CCSS en la edición de 1930 y la segunda edición traducida por Aguilar en 1972. En Sociología todavía goza de mayor legitimidad, prestigio y relevancia académica dedicarse a cualquier problema social, conflicto o drama colectivo, y no a cualquier aspecto positivo.

La sociología se centró en el análisis de los problemas sociales y ha tardado demasiado en atender fenómenos como positivos como la felicidad o la donación. Hubo que esperar a Durkheim para encontrar un diagnóstico relevante, pero en ocasión de su magistral examen de *El Suicidio*. La preocupación central de Durkheim no fue la felicidad. De hecho creyó que los sociólogos deben estudiar lo que definió como “patológico”, lo raro, lo desviado de lo normal. Por eso aborda la felicidad en contraste con el sufrimiento que “produce en el organismo una repercusión más profunda que la alegría” porque “un excitante desagradable nos afecta más dolorosamente de lo que un excitante agradable de igual intensidad nos causa pla-

cer; esta mayor sensibilidad podría ser más contraria que favorable a la felicidad”. “Finalmente, y sobre todo, no se comprobó que este excedente produzca la medida de la felicidad. Sin duda, en estos problemas oscuros y aun mal estudiados, nada podemos afirmar con certeza; no obstante, parece que la felicidad es algo distinto a una suma de placeres. Es un estado general y constante que acompaña el juego regular de todas nuestras funciones orgánicas y psíquicas. (...) La felicidad no expresa el estado momentáneo de la función particular, sino la salud de la vida filosófica y moral en su conjunto. Como el placer que acompaña el ejercicio de las funciones intermitentes es un elemento de la felicidad y tanto más importante cuanto más cabida tienen esas funciones en la vida. Pero él no es la felicidad; incluso sólo puede hacer variar el nivel en proporciones restringidas, dado que tiene apego a las causas efímeras, y la felicidad a las disposiciones permanentes. (...) Muy a menudo por el contrario, el placer es quien depende de la felicidad; según seamos felices o desdichados, todo nos ríe o nos entristece. Se tuvo gran razón al decir que llevamos con nosotros nuestra felicidad”.

Naturalmente aunque la felicidad ha tenido un protagonismo decisivo en la historia intelectual y social de occidente, los cambios en su interpretación han sido drásticos. No es el objeto de mi intervención, pero aludiré a sus rasgos básicos. Baste decir que en la primera obra historiográfica de occidente, las *Historias* de Herodoto aparece ya la felicidad pero contemplada no como una aspiración subjetiva ni un sentimiento, sino como: “una caracterización de la vida entera, que solo puede evaluarse en el momento de la muerte. Creerse feliz entre tanto es prematuro y probablemente ilusorio, ya que el mundo es cruel e impredecible y está gobernado por fuerzas que escapan a nuestro control. Un capricho de los dioses, el regalo de la fortuna, la determinación del destino: en los albores de la historia occidental, la felicidad era en gran medida una cuestión de azar”.

En el prolijo tratamiento de la cuestión en el mundo griego, mencionaré que utilizaban el término *eudaimonía* que se refiere a los elementos objetivos que proporciona la felicidad, el bien o los bienes que la producen; pero también se encontraba el azar, *daimon*, que repartía los bienes a las personas; y también el término *makariotes*, que expresa el sentimiento psicológico de goce.

Aristóteles en su obra la *Retórica*, examina la cuestión lejos de la abstracción filosófica y con una visión que hoy llamaríamos de vida cotidiana; para él la felicidad incluye la buena crianza, la abundancia de amigos, los buenos amigos, la riqueza, los buenos hijos, la abundancia de hijos, una vejez feliz, y algunas cualidades corporales como la salud, la belleza, la fuerza, la estatura, las facultades atléticas, así como la fama, el honor, la buena suerte y la virtud. En su *Ética a Nicómaco* añade que nadie puede

gozar la felicidad para siempre salvo los Dioses, mientras que los hombres sólo pueden tener una participación muy reducida en ella.

En el mundo clásico la felicidad era un objetivo y no un estado subjetivo y el mundo romano introdujo a los placeres como novedoso componente de la felicidad y la propia felicidad fue consagrada directamente como una diosa. Un culto que los cristianos impugnaron, entre ellos San Agustín. El cristianismo buscaba sustituir la felicidad efímera por la felicidad perpetua que se encontraba en la Bondad Divina.

Semejantes son los planteamientos de Santo Tomás de Aquino quien distinguió entre felicidad perfecta e imperfecta (*beatitudo* y *felicitas*). La imperfecta puede alcanzarse en esta vida, pero la perfecta sólo es accesible después de la muerte. Y en coincidencia con Aristóteles, sostiene que: “La felicidad última del hombre consiste en la contemplación de la verdad”. Por eso mismo la felicidad perfecta no es accesible plenamente sobre la tierra. Pero Santo Tomás rehabilitó la consideración en este mundo y valoró el papel del esfuerzo humano en el camino de la felicidad perfecta e imperfecta porque consideraba la riqueza, o el poder o los honores, como bienes, pero son los bienes del alma los que conducen a la verdadera felicidad.

El cristianismo consideró a la felicidad como un estado objetivo que no es de este mundo y queda reservada a quienes hacen méritos para ello. Su aportación se diferencia radicalmente de las anteriores concepciones al asociar la felicidad con el sufrimiento. La Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña sintetizan muy bien ese cambio radical de orientación: “Los estoicos habían sugerido que el hombre feliz podía serlo *incluso* bajo la tortura, podía ser feliz *a pesar del* sufrimiento, pero el cristianismo avanzaba un paso más al proponer que la felicidad no sólo era inmune al dolor, sino su resultado y consecuencias directas”. El sufrimiento de Cristo en la Pasión y en la Cruz, constituye ejemplo y modelo de vida para los creyentes quienes, por el contrario, pueden obtener la felicidad eterna. La vida eterna es el horizonte perpetuo de felicidad. Pero lo importante es que el cristianismo llama al hombre a la felicidad, a la plenitud de la vida y del amor. La otra vía es la plenitud de la felicidad auténtica.

En el siglo XVI, la reforma protestante va a significar un nuevo impulso al cambio en la concepción de la felicidad y a la motivación a conquistarlo en este mundo. Lutero trasladó la responsabilidad religiosa de la Iglesia como institución a la conciencia individual. Defendió que el ser feliz no era un pecado, sino que el pecado era la causa de que no lo fuéramos: “El pecado es la infelicidad pura, el perdón la felicidad pura”. La felicidad en la tierra era un signo de la gracia de Dios y esforzarse en la búsqueda de la felicidad en la tierra, era una vía legítima y su logro, el mejor indicio de

estar predestinado a la felicidad en la otra vida. La felicidad terrenal aparece por tanto como premonitoria de la gracia divina.

Muy diferente va a ser lo que ofrece como ideal la modernidad. Ya las utopías renacentistas esbozaron un mundo pleno de armonía, paz, cooperación, ocio y goces de todo tipo. Con distintas perspectivas, el estado de naturaleza de Hobbes o Rousseau, compartieron esta percepción idílica de una sociedad ideal.

El siglo XVII dio un giro decisivo para el alumbramiento de la nueva concepción de la felicidad que se atisba en la gran atención que se desata sobre la cuestión en la teología, poesía, el teatro, el ensayo y la idealización de la vida rural hasta el punto que las ideas sobre la felicidad se aparecen por doquier a finales de ese siglo. No sólo en Inglaterra sino en otras latitudes, incluyendo las colonias americanas y el continente europeo, afloraban estas mismas preocupaciones que residían en considerar cada vez más la felicidad como estado natural, considerando que el lugar del placer se encontraba en la tierra. El objetivo estaba compartido, el debate se centraba únicamente en los medios.

Un decisivo artífice de este giro fue, en el XVII, Locke que llevaría a otorgar a la felicidad un nuevo espacio en el vocabulario político de occidente. Al enfatizar la libertad y la elección individuales, centralizó en los propios hombres —y no en sus gobiernos— el camino de la felicidad. Los gobiernos deberían orientarse al servicio de la felicidad de los pueblos. Locke sostuvo que “en gran medida, la felicidad o sufrimiento de los hombres procede de sus propias acciones” y en él se aprecia el influjo de la concepción cristiana de la felicidad en la tierra, desarrollada por Santo Tomás: “Amparándose en el cultivo por parte de los humanistas de la dignidad de la existencia terrenal y en la exhortación general de los protestantes a buscar la felicidad en todas las cosas, la concepción de la felicidad de Locke fue más allá de las limitaciones de ambas tendencias, porque, aunque seguía siendo cierto que en comparación con el “límite supremo” de la felicidad que se saborearía en el cielo, los placeres de esta vida no eran tan dulces. Locke los presentaba dentro de una gradación que también incluía los deleites celestes. El desfase entre la felicidad perfecta y la imperfecta no era una sima profunda sino una progresión natural que iba de los placeres de este mundo a los del otro. Nuestras “muy vívidas expresiones” del primero nos daban un anticipo del segundo. El maná del cielo y el de la tierra no eran cosas tan diferentes. Es cierto que algunos placeres seguían siendo mejores que otros, pero el placer, en sí mismo, ya no era negativo. Debíamos buscarlo con nuestros mejores medios”.

2. ¿POR QUÉ LA CENTRALIDAD DE LA FELICIDAD HOY?

Todo ha cambiado en los dos últimos siglos y aceleradamente en las últimas décadas. Las aspiraciones a la felicidad personal se han universalizado y, muy probablemente, profundizado, y además se ha popularizado dejando de ser un asunto de la intimidad para convertirse en un elemento integrante de la cultura pública. Son muchos los elementos desencadenantes de esta relevancia. La lista de fenómenos sociales influyentes en este proceso sería interminable pero cabe mencionar a la psicologización de la vida personal; mayo del 68 y la contracultura; la reflexión política e ideológica sobre la integración y el aburguesamiento de la clase obrera en los años sesenta y setenta del siglo XX, favorecida por el desarrollo económico y la mejora en la distribución de las rentas; el aumento de la esperanza de vida con buena salud y envejecimiento con recursos económicos por la jubilación; la centralidad cultural del tiempo presente y tantos otros.

Pero hay al menos tres circunstancias que han influido en la centralidad de la felicidad y merecen resaltarse porque son transversales en muchas otras; son: 1º. El propio desarrollo económico y acceso a la sociedad de consumo en occidente que ha permitido plantear problemas y aspiraciones diferentes de los materiales. 2º. Y consecuencia de lo anterior, la insuficiencia e incluso el rechazo de los indicadores económicos como instrumento para medir la evolución de las sociedades. Y 3º. Como consecuencia del cambio cultural acelerado desde los años 60 del siglo XX, por el auge de lo subjetivo, del individualismo, de lo cualitativo, del narcisismo, del auge de los valores expresivos frente a los materiales

Analizar la relevancia de la felicidad requeriría, por tanto, un análisis completo de la vida cotidiana en el mundo moderno, imposible de abordar ahora. Pero comprender el fenómeno necesita, al menos, aludir sumariamente alguno de sus condicionantes decisivos:

A. La Ilustración

La cristalización de la felicidad terrena al rango de ideal supremo es inseparable de los cambios promovidos e impulsados por la Ilustración que la convierte en un ideal moderno. La fe en el progreso, la confianza en la ciencia como instrumento que inexorablemente llevará a la liberación de la humanidad al suprimir las desdichas de la existencia. La creencia en la capacidad de los seres humanos como individuos racionales para alcanzar su felicidad. La sociedad contemplada ahora no como una realidad dada, impuesta e inexorable, sino perfectible y transformable por la acción de los grupos. El convencimiento, en fin, de que la historia evoluciona inexorablemente hacia

el progreso, la creencia en la perfectibilidad del hombre, todo ello alimentó la creencia en la felicidad terrena como un logro posible y evidente. Si a ello se añade el romanticismo, con su imperativo de que nada puede exigirse si contradice el imperativo de ser felices, con ello tenemos componentes esenciales desencadenantes de la centralidad de la felicidad.

La Ilustración modificó en efecto por completo la concepción de la felicidad, al presentarla como algo a lo que todos los individuos debían aspirar en esta vida: “La felicidad no era ya un don de Dios ni un capricho del destino, ni tampoco una recompensa por una conducta excepcional, sino un atributo humano natural al alcance de cualquier hombre, mujer o niño. (...) Si los seres humanos eran infelices, sostenían los pensadores de la Ilustración, era porque algo iba mal en relación a las creencias, su forma de gobierno, sus condiciones de vida o sus costumbres. Cambiando estas circunstancias, es decir, cambiándonos a nosotros mismos, haríamos realidad aquello a lo que estábamos predestinados por la naturaleza. La felicidad, según la perspectiva de la Ilustración, no era tanto un ideal de perfección que asimilaba a los seres humanos con la divinidad, sino una verdad evidente que había que perseguir y alcanzar aquí y ahora”.

Con la Ilustración la felicidad sufre un cambio completo hacia su anclaje en la esfera privada. Desde luego por alejamiento del horizonte religioso, al no ser ya recompensa por el buen comportamiento. Con ello se materializa el giro copernicano de trasladar la felicidad a esta vida, en esta tierra. Y no es sólo una cuestión de espacio sino de su generalización: opera como derecho que afecta a todos los hombres. Es el fundamento de la autonomía moral del individuo, fundamento del individualismo, en que el individuo ya no es un medio sino un fin en sí mismo. La felicidad ya es patrimonio de todo el mundo, y de hecho se multiplican las referencias al tema en cartas privadas y obras literarias. Pero además, sin renunciar a la especulación teórica sobre el tema, lo más novedoso estriba en trasladar la felicidad a la experiencia vivida del individuo. Es al individuo a quien le corresponde la responsabilidad de su propia felicidad. Pero esa tarea personal no agota su influjo. No es únicamente una cuestión personal: “Los ilustrados —ha escrito Carmen Iglesias— proponen una *solución colectiva* al problema de la felicidad. Ser feliz en esta vida y con los otros: todo un programa de vida. (...) El método nuevo une y sumerge la felicidad individual en la social y pública; esta última garantiza la primera. (...) El Estado es el garante de la felicidad de los individuos. Así pues el método se revela como una política: la Política de la Felicidad”. La ilustración propone pues una socialización del ideal de felicidad que está anunciada en el artículo “sociedad” escrito por Diderot al escribir: “Quiero ser feliz, pero vivo con hombres que, como yo, desean ser igualmente felices, cada uno por su lado; busquemos los medios de procurar nuestra felicidad procurando la suya o, al menos, sin perjudicarla nunca”.

Con el mandato de la felicidad ésta deja de ser una actividad contemplativa, sino activa para cada individuo. La felicidad deja de ser patrimonio de personas privilegiadas —del gobernante por la victoria, o por la fama, o por el honor o por la riqueza— sino la inclinación natural de los hombres racionales. La felicidad se democratiza del gobernante a cada uno de los miembros de la sociedad. La felicidad se veía accesible al alcance de cualquiera y objetivo de su propia vida. Ese es el conglomerado que cristaliza con la Ilustración pero que venía fraguándose desde el siglo XVI tanto en escritos de humanistas, como en debates frecuentes de eruditos y ciudadanos.

La transformación de la felicidad pública en felicidad privada y con ello en una exigencia de los individuos en la modernidad, hace que sea asumida por las organizaciones políticas en sus programas y propuestas. Y con ello recibe un extraordinario impulso ese objetivo privado que queda como objetivo prioritario de la vida pública. Lo dijo paladinamente en las Cortes Constituyentes de la 2ª República, Miguel Maura: “El único objetivo de cualquier política, de cualquier organización estatal, el principal objetivo tiene que ser el hacer la felicidad del pueblo, el conseguir la prosperidad del país”. Pero observemos que la universalización y democratización del principio de la felicidad, descarga la responsabilidad del gobernante, porque van a ser ya los individuos quienes deben asumir ese objetivo; frente al paternalismo absolutista, en adelante serán los propios individuos a quienes le corresponderá asumir la construcción de su propio futuro.

El proceso de individualización de la felicidad no derivó desde luego tan solo de interpretaciones intelectuales. Las realidades políticas han conducido a huir de cualquier esperanza en la felicidad pública en demasiadas ocasiones. Traducido a la práctica, las ideologías y regímenes políticos que han intentado implantar la felicidad en este mundo, han dejado tras de sí un inmenso reguero de cadáveres. Todos los totalitarismos dejaron su lamentable impronta, sea el nazismo, el comunismo, o los innumerables regímenes de terror sufridos por los pueblos de Africa y de Asia, del que la tiranía roja de Camboya, el régimen de Pot-Pot, fue un lastimoso y cruel testimonio. De ahí la validez de la propuesta de quienes situaron el objetivo de la filosofía y de la acción política en la reducción y eliminación de males concretos, rechazando cualquier plan utópico que conduce siempre a la violencia, la explotación y al sufrimiento. Lo escribió Popper con claridad: "Trabajad para la eliminación de males concretos, más que para la realización de bienes abstractos. No pretendáis establecer la felicidad por medios políticos. Tended más bien a la eliminación de las desgracias concretas (...) Elegid lo que consideréis el mal más acuciante de la sociedad en que vivís y tratad pacientemente de convencer a la gente de que es posible librarse de él. Pero no tratéis de realizar esos objetivos indirectamente, diseñando y trabajando para la realización de un ideal distante de una sociedad perfecta".

B. La secularización

Aunque es de uso muy generalizado, no es nada fácil determinar el alcance exacto del concepto “secularización”, como muy bien han ilustrado con detalle en esta Real Academia Pedro Cerezo en su intervención de 2010 sobre “La Secularización. Una cuestión disputada”, y Olegario González de Cardedal sobre “Dios. ¿Una pregunta sin respuesta o una respuesta sin pregunta?” en la de 2011. En todo caso, secularización es un concepto con multitud de dimensiones y, por lo menos pueden asignarse seis significados que denotan las plurales manifestaciones de este fenómeno. Las dimensiones de la secularización son:

- La secularización como desacralización
- Como sinónimo de autonomía de las realidades profanas respecto de la religión.
- Como sinónimo de reclusión de la religión en el ámbito de lo privado
- Como sinónimo del declive de la religión.
- Como fenómeno que ocurre no en la sociedad, sino en el interior de las mismas religiones

De entre sus múltiples perspectivas, baste decir ahora que se trata de un proceso influenciado por la extensión de la educación y el auge de procesos racionales en la sociedad, la laicidad del Estado o el pluralismo cultural. Weber le dio incluso una explicación religiosa al sostener que el judeo-cristianismo, que ha configurado la cultura de fondo de Occidente, es una religión intramundana que desacraliza el mundo y racionaliza la moral. El mismo cristianismo lleva en germen la secularización al ser la fe cristiana un diálogo entre Dios y el hombre, lo que impide sacralizar elementos del mundo natural o viviente, sea el sol, la luna o los seres humanos. La secularización supone la separación entre el factor religioso y los sistemas políticos, sociales y culturales, y por el alejamiento de la población de universos simbólicos religiosos: “Lo que ha significado históricamente la secularización —ha escrito Cerezo—, desde el punto de visto sociopolítico, no ha sido el triunfo de una nueva religión civil, sino la neutralización en el espacio político institucional de las creencias religiosas, para dejarlas competir y dialogar en la sociedad civil como estímulos poderosos de motivación ética”.

En cualquier caso, la secularización tiene una relación circular, a la vez causa y resultado, con la centralidad de la felicidad individual en la vida de los pueblos desarrollados. De unas sociedades teocéntricas, como las medievales, con la secularización estamos insertos en las actuales donde la centralidad del hedonismo es activada por la secularización a la que, a la vez, ahonda. De considerar a Dios la felicidad suprema, se pasa a la consi-

deración de la propia felicidad personal como objetivo supremo. La felicidad ya no es resultado de las buenas obras, como ocurre en el cristianismo, sino en un mero bien individual. Haciendo desaparecer la trascendencia, la idea del pecado, el sacrificio o la supeditación de la vida terrena como preparación a la vida eterna, adquieren plena centralidad los placeres y la felicidad terrenal del individuo. Si, en términos de Santo Tomás, el fin último del ser humano consiste en la *beatitudo*, la felicidad humana consiste en la visión de Dios que únicamente puede ser alcanzada en la otra vida. Y la vida terrenal ha de ser vivida como situación transitoria y de preparación para esa plenitud. El cristiano debe interesarse sobre todo por la eternidad, un horizonte al alcance de quien acepte el sacrificio, el sufrimiento y la penitencia.

La secularización facilita la centralidad de la felicidad en la práctica de las sociedades. Desaparecida la preocupación por la vida eterna, sólo queda la vida mundana como objetivo vital. Como escribió Lipovetsky “la secularización del mundo está en sintonía con la sacralización de la felicidad aquí abajo”. La secularización no significa pues la desaparición de Dios, sino su instalación en bienes terrenales.

C. El Utilitarismo

Otro de los factores que han favorecido la centralidad de las aspiraciones a la felicidad, ha sido la difusión —mas o menos rigurosa— del utilitarismo, basada en la corriente filosófica surgida en Inglaterra el siglo XVIII y difundida en el XIX, y promovida por Bentham y Stuart Mill entre otros.

Bentham ofrece una visión sensualista de la utilidad y propuso como objetivo de la actividad política la consecución de “la mayor felicidad para el mayor número de personas”. En *Introducción a los principios de la moral y la legislación* (1789) escribe que: “La naturaleza —dice— ha colocado a la humanidad bajo el dominio de dos dueños soberanos: el placer y el dolor. Sólo ellos nos indican lo qué debemos hacer y determinan lo que haremos. Por un lado, la medida de lo correcto y lo incorrecto y, por otro lado, la cadena de causas y efectos están atadas a su trono. Nos gobiernan en todo lo que pensamos (...). El principio de la utilidad reconoce esta sujeción y la asume para el establecimiento de este sistema, cuyo objeto es erigir la construcción de la felicidad por medio de la razón y las leyes”. Y en el mismo texto sostiene que por utilidad se entiende: “la propiedad de todo objeto por la que tiende a producir beneficio, ventaja, placer, bien o felicidad o a prevenir el perjuicio, el dolor, el mal o la desdicha”.

El utilitarismo considera que las acciones humanas deben juzgarse por las consecuencias, buenas o malas, de las acciones mismas. Y el bien

social depende del bienestar individual medido en términos de utilidad personal: “Para Bentham nuestra vida está regida por el placer y el dolor. El principio de utilidad o de máxima felicidad nos manda que promovamos el placer, la felicidad o el bien (que son lo mismo) y que evitemos el dolor, el mal y la desdicha”.

El utilitarismo ha tenido gran influencia en la sociología, la ciencia política o la economía; incluso en tendencias o escuelas transversales a varias de ellas como la teoría de la elección racional o la teoría económica del bienestar, pero no es esta dimensión la que importa ahora. La orientación hacia la felicidad personal se ha visto reforzada por el utilitarismo difuso expandido en la sociedad actual. Las cosas sirven si son positivas para el bienestar y felicidad de las personas involucradas. El marco de referencia para la evaluación de las acciones y los objetivos se fijan en su rendimiento en el bienestar de las personas. Se enfatiza la positividad de la felicidad y por ello, al mismo tiempo, se extrema el rechazo al dolor, al sacrificio, al sufrimiento que se oculta fríamente, para aislarlo, en instituciones asépticas como hospitales, tanatorios etc. Los fracasos de la felicidad deben quedar ocultos, limitados y circunscritos porque significan el fracaso del marco cultural ortodoxo que establece la plena hegemonía de la felicidad y el placer.

D. La insatisfacción con el indicador del PIB

Nunca ha sido la medición del bienestar un territorio tranquilo y sin debates, por eso las aportaciones sobre este tema solo se han producido por el debate académico sobre indicadores de bienestar o felicidad de los individuos. Posiblemente haya ocurrido lo inverso: se ha producido debate intelectual por la insatisfacción social, muchas veces manifestado, con las formas académicas de definir el progreso y el bienestar social.

Conviene recordar que la utilización del PIB como indicador sintético del bienestar social en los años 30, se realizó con conocimiento de sus limitaciones. Simon Kuznets, ya en 1934, cuando presentó el PIB al Congreso americano, alertó que tenía un valor limitado al recoger sólo las transacciones monetarias, en unos términos autocríticos inusuales y que no debía sublimarse el dato.

“Nuestro Producto Nacional Bruto (PNB) incluye la polución del aire y la publicidad de cigarrillos, y las ambulancias que atienden los accidentes mortales en nuestras autopistas. Cuenta la fabricación de las cerraduras de nuestras puertas y las cárceles para la gente que las fuerzan; la destrucción de nuestros bosques y la pérdida de bellezas naturales que provoca el caótico crecimiento urbano; y los programas de televisión que ensalzan

la violencia para vender luego juguetes a nuestros hijos. Pero no toma en cuenta la salud de nuestros hijos, la calidad de su educación o la alegría de sus juegos. En suma, el PNB mide todo, menos aquello que da valor a la vida”. Esta cita, que puede parecer hecha hoy mismo, fue pronunciada hace más de 40 años, por Robert Kennedy en un discurso en la Universidad de Kansas en marzo de 1968; un año en el que los movimientos estudiantiles reiteraron sus críticas a los componentes materiales del progreso, reivindicando avances en la calidad de vida de los países desarrollados y, en general, en los aspectos no materiales de la vida colectiva. Fue la primera revolución, aunque se quiera escribirla entre comillas, surgida de los privilegiados y contra muchos elementos derivados de ese mismo progreso.

En todo caso, la insatisfacción con el PIB como instrumento para medir la evolución de la riqueza, ha sido espoléada desde los años 70 por muchos impulsos que deben mencionarse:

1.- Por los ecologistas críticos con el deterioro del medio ambiente.

2.- Por los teóricos del “desarrollo humano”, sobre todo en Organismos Internacionales como ONU y Banco Mundial, que consideraban necesario completar el PIB con otros indicadores de bienestar social. Uno de los más conocidos es el “Índice de Desarrollo Humano” que desde 1990 utiliza variables de salud o bienestar como la esperanza de vida o tasa escolarización con el PIB.

3.- Por de economistas y psicólogos, como el Premio Nobel Daniel Kahneman, herederos del utilitarismo de Bentham, que consideran posible evaluar mediante encuestas el bienestar subjetivo de los ciudadanos.

4.- Por la aportación de los sociólogos. Los sociólogos han investigado intensamente sobre el bienestar social e individual y todo el movimiento de Indicadores Sociales en los años 60 y 70 del siglo XX, realizó numerosas aportaciones sobre la medición del bienestar y su percepción por la población. Incluso en los años 60 ya se analizaron los componentes de la felicidad en España por Díez Nicolás y Torregrosa, aplicando la Escala Cantril. Pero desde los años 70, con la aportación inicial de Inglehart y el intenso movimiento mundial de investigación social comparada que desencadenó en un centenar de países, el estudio de valores constituye un elemento básico para entender los cambios en la felicidad subjetiva. El conocimiento de los procesos de cambio de valores desde un sistema fundamentalmente orientado al materialismo, hacia otro orientado hacia valores postmaterialistas, es imprescindible para entender la relevancia de la felicidad en la vida personal y colectiva, y su impacto, entre otros, en comportamientos políticos. La emergencia de valores no materialistas es el campo de cultivo del auge de

la felicidad personal aunque la crisis económica y de empleo pueden estar generando ya nuevos cambios, como ha advertido Díez Nicolás al analizar el regreso a los valores materialistas.

Como consecuencia de la insuficiencia con que se contempla el PIB van asentando tentativas de si no superarlo, al menos matizarlo o complementarlo. El estado de una sociedad no puede considerarse solo con medidas de la actividad económica y de bienestar material universalmente empleada —el PIB, producto Interior Bruto—, y ello ha conducido a propuestas alternativas que tengan en cuenta el progreso social y no sólo su nivel de vida. Se considera que el PIB calcula el valor monetario de todos los bienes y servicios producidos en una economía, pero no capta el bienestar económico real de una sociedad o de sus individuos. El debate sobre la medición del bienestar ha tenido también una traducción formal o política. El caso más notorio es el del Reino de Bután, pequeño país entre China e India en las estribaciones del Himalaya —con pobreza y necesitado de ayuda del exterior para el desarrollo—. Siguiendo la propuesta de su anterior rey, en los años 70 del siglo XX, como alternativa al Producto Interior Bruto (PIB), su reciente Constitución ha establecido que: “El Estado se esforzará en promover las condiciones que permitan la consecución de la Felicidad Interior Bruta”. Conforme a la nueva Constitución, los programas del Gobierno deben juzgarse no sólo por los beneficios económicos que generan sino por la felicidad que reportan. Han creado un modelo de bienestar formado por los cuatro pilares, los nuevos campos y los 72 indicadores. Los cuatro pilares son la economía, la cultura, el medio ambiente y el buen gobierno. Estos se dividen en nueve campos: bienestar psicológico, ecología, salud, educación, cultura, formas de vida, uso del tiempo, vitalidad de la comunidad y buen gobierno, cada uno de con su propio FIB. Y se miden con 72 indicadores —que se revaluaran cada dos años—. En el campo de bienestar psicológico, por ejemplo, los indicadores incluyen la frecuencia de la oración y la meditación, y de los sentimientos como el de egoísmo, los celos, la tranquilidad, la compasión, la generosidad y la frustración, además de los pensamientos suicidas. Se ha hecho ya un primer estudio que muestra el muy alto nivel de felicidad existente y se prepara la segunda evaluación.

En febrero de 2008, el presidente francés, Nicolás Sarkozy creó la Comisión sobre la medición del Progreso Social, los límites de la contabilidad económica y la necesidad de desarrollar nuevos indicadores para medir la riqueza y el progreso social, presidida por el profesor Stiglitz y con la participación del profesor Amarta Sen, publicada en septiembre de 2009. Entre otros aspectos destacaron la insuficiencia del PIB como indicador del progreso económico y social porque no capta las múltiples dimensiones en que el progreso social puede ser descompuesto, siendo el bienestar mate-

rial sólo uno de sus aspectos. La crítica básica deriva de que se trata de un indicador diseñado para medir el progreso social o el bienestar material agregado, pero no le de los individuos. Su crecimiento puede venir acompañado de externalidades negativas sufridas por la misma población, como puede ocurrir con el agotamiento de algunos recursos o la contaminación, con consecuencias incluso para la salud de los individuos que pueden ser compatibles con crecimientos del PIB. Y en el fondo hay que elegir entre una sociedad cuyo objetivo principal sea *tener más* o que cada miembro de la sociedad consiga *vivir mejor*, donde se incluyen conceptos como la calidad de vida, el nivel de educación o el índice de seguridad.

La Comisión ha hecho numerosas Recomendaciones orientadas al bienestar y la sostenibilidad, fundadas en una consideración multidimensional del bienestar. Atribuyen mucha importancia a la distribución de la renta, consumo y riqueza, y a la búsqueda de indicadores adecuados para medir la calidad de vida, con variables sobre salud, educación, actividades personales, medioambientales, la libertad política y seguridad pública. Y lo que es muy explícito para nuestros efectos, propone fomentar mediciones del bienestar tanto a nivel objetivo como subjetivo para determinar las prioridades de los individuos, orientación que ha activado la investigación en la llamada Economía de la Felicidad.

Desde luego se trata de una singular, y hasta cierto punto inesperada, aplicación de viejo enunciado Constitucional de Estados Unidos sobre el derecho a la búsqueda de la felicidad. Pero no se trata de la única iniciativa en esta dirección; hay otras análogas. Las recientes Constituciones de Ecuador y Bolivia han incorporado en su articulado el concepto de *Buen Vivir* como propuesta alternativa de desarrollo y propósito colectivo de transformación económica y social, para hacer del individuo el centro de la economía. Y movimientos en esta dirección se han producido en países bien diferentes a los mencionados. En 2010, en Brasil se discutió introducir en la Constitución el derecho a la felicidad. En Inglaterra, el actual Gobierno de David Cameron ha tomado la decisión de evaluar la felicidad de los ciudadanos para utilizar esas valoraciones para elaborar políticas concretas. Las preguntas tratarán de evaluar el bienestar subjetivo de los encuestados, lo que incluye su sensación de felicidad o de lo bien que están alcanzando sus "objetivos vitales". Dentro del Gobierno, difieren las opiniones acerca de si elaborar, con todos los datos, un único indicador de bienestar o felicidad. Actualmente, ya existen encuestas sobre la satisfacción personal, pero la novedad es que se añaden más preguntas subjetivas, y se amplía el número de encuestados. Los resultados, según Downing Street, tendrán un papel más importante a la hora de diseñar políticas. Y en España, la Comisión Permanente del Consejo Superior de Estadística, en su sesión del 7 de julio de 2011, acordó la creación de un Grupo de Trabajo para la medición del pro-

greso, el bienestar y el desarrollo sostenible, basada en los estudios de OCDE de 2007, de la Unión Europea de 2007 y la Francesa de 2009. Y lo argumentó en “la evidencia de que existe una brecha creciente entre la imagen que transmite el PIB de una sociedad y la percepción que los ciudadanos tienen de sus propias condiciones de vida”. El mandato estableció que el Presidente del Grupo de Trabajo tendrá que entregar el Informe del Grupo de Trabajo no más tarde de marzo de 2012.

Todas estas iniciativas acreditan que la omnipresencia y utilización exclusiva del PIB como indicador de la evolución de las sociedades, se erosiona crecientemente. Junto a las dimensiones económicas se necesitan otras cuantitativas pero de aspectos no económicos y también cualitativas de las percepciones subjetivas de los ciudadanos.

E. Publicidad, consumo y felicidad

Pensar en la felicidad en el siglo XXI obliga a tener presente su agente difusor y símbolo privilegiado: la publicidad. Sin publicidad no sería posible la existencia de la sociedad de consumo y el consumo, ya se sabe, es en la sociedad actual la materialización de la felicidad. El dinamismo de la sociedad de consumo se activa con la publicidad que es el medio obligado para la creación de nuevas necesidades y para la obsolescencia de los bienes materiales logrados. La sociedad de consumo es una sociedad de deseos, que son por su propia naturaleza ilimitados. Y la publicidad es el motor para la generación incesante de deseos que multipliquen el consumo. Por eso, al menos hasta la crisis económica, como sostenía Zygmunt Bauman, la felicidad: “estaba casi totalmente basada en una mayor libertad: más opciones, más cambios, más deseos y más emoción, experiencias no probadas y sensaciones deliciosas. Todos los demás problemas se resolverían solos”.

La publicidad estandariza la obligatoriedad de ser feliz y nos guía hacia el camino para materializarlo. Una sociedad que dota de centralidad a la felicidad, ofrece al mismo tiempo instrumentos pedagógicos para la materialización del nuevo valor y empeño cultural. Al tener una importancia que antes no tenía, aprender a ser feliz se hace completamente necesario. Merece destacarse que este adoctrinamiento para el consumo se inicia desde la propia infancia; incluso antes de su nacimiento ya se sientan las bases directas a su inserción a un mundo reglado por el consumo. El primer rasgo del mundo en que el niño es asimilado e incorporado como adulto es como consumidor. Desde su primera infancia el niño es socializado activamente en el consumo compulsivo y al aprendizaje de los deseos generados por la publicidad.

El camino de la felicidad viene diseñado por la publicidad que, para ello, no duda en alimentar o crear nuestras limitaciones. Tenemos que aprender a lograr ese objetivo inexorable con la ayuda de los nuevos expertos en nuestro bienestar. Psicólogos, expertos en relaciones humanas, nutricionistas, entrenadores deportivos, sexólogos, fisioterapeutas, esteticistas, cirujanos o médicos, cada uno en su parcela, han de instruir al torpe caminante para llevarle por el camino certero hacia la felicidad. Pero además, con la publicidad se produce un cambio histórico de profundas consecuencias para la felicidad: alimenta permanentemente nuestros sueños imposibles. La publicidad, la televisión y hoy también Internet, ofrecen las imágenes reales de los bienes que disfrutaban los privilegiados. Durante milenios, sus bienes nunca fueron conocidos, ni mucho menos vistos, por los ciudadanos. Ahora sí. Ahora los bienes más personales y lujosos de los privilegiados, son exhibidos triunfalmente por la publicidad. Y opera como efecto demostración para el resto de los ciudadanos, la exhibición de los bienes y lujos de los privilegiados, para la permanente generación de deseos.

Lo de menos es la gigantesca industria desarrollada en torno a esos especialistas, cuya cifra de negocios crece sin cesar. Todo el universo ambiental va dirigido a proporcionarnos ese ambicioso objetivo. Por si se nos olvida, incluso nos lo recuerdan explícitamente. En marzo y abril de 2008, un anuncio de Coca-Cola nos avisaba que esa bebida nos viene ofreciendo ¿su refresco?, no; la felicidad desde 1886. El negocio de la felicidad —y así se titula algún libro (Chías, 2005) sobre el marketing turístico—, alcanza a todos los dominios. Los médicos nos instruyen sobre nuestras estrategias en la vida cotidiana, y nos advierten que hemos de tener en cuenta también nuestras hormonas para potenciar nuestra felicidad porque, dependemos también de las endorfinas, también llamada morfina interna. Se trata de una hormona que se genera en nuestro cerebro, descubierta en los años 70 del siglo XX, que condiciona nuestras emociones, al establecer conexiones entre el sistema nervioso, el inmunológico y el endocrino. La luz del día y el sol ayudan a nuestra felicidad al segregar seronina, un compuesto del químico del cerebro que hace que nos sintamos mejor. Y nos ofrecen estrategias para incrementarlas que van desde el consejo de reír mucho, tomar alimentos desencadenantes como el café o el chocolate, estar enamorado, escuchar música, los Pilates o la hidroterapia. Toda una guía para nuestra salvación abrazando la perpetua felicidad. La mano del experto se convierte en imprescindible para conducirnos por la senda de nuestra propia felicidad.

Es cierto que la publicidad ha favorecido una cierta homogeneidad en los sueños y aspiraciones de la población. Hay en efecto una consideración homogénea de los componentes de la felicidad, como si las aspiraciones fueran uniformes saltándose todas diferencias sociales. La felicidad uni-

fica y la desgracia diferencia. Es como se inicia *Anna Karénina* de León Tolstói: “Todas las familias felices tienen algo en común. Las desdichadas, en cambio, lo son cada una a su manera”. Por eso si no se ha accedido todavía a la felicidad, al menos el consumo estandarizado nos sitúa en la línea de salida, en el camino adecuado.

Lipovetsky ha advertido el nacimiento de la sociedad de hiperconsumo, a finales de los años setenta del siglo XX en las sociedades desarrolladas. Advierte del nacimiento de “la civilización individualista de la felicidad”, en la cual no buscamos cosas que nos categoricen en relación a los otros, sino que nos permitan ser más independientes y móviles, paladear sensaciones, mejorar nuestra calidad de vida dominado por la búsqueda de la felicidad privada en la que el consumo “para sí”, ha reemplazado el consumo “para el otro” y en el que el propio desarrollo favorece la individualización de las elecciones de consumo. Si Freud pudo escribir que “La felicidad no es un valor cultural”, el espíritu de consumo se ha infiltrado hasta en las relaciones de familia, la religión, la política, el sindicalismo, la cultura y el tiempo libre: “El materialismo de la primera sociedad de consumo —señala Lipovetski— ha pasado de moda: actualmente asistimos a la expansión del mercado del alma y su transformación, del equilibrio y la autoestima, mientras proliferan las farmacopeas de la felicidad. En una época en que el sufrimiento carece totalmente de sentido, en que se han agotado los grandes sistemas referenciales de la historia y de la tradición, la cuestión de la felicidad interior vuelve a estar “sobre el tapete”, convirtiéndose en un segmento comercial, en un objeto de marketing que el hiperconsumidor quiere tener a mano, sin esfuerzo, enseguida y por todos los medios. La creencia moderna de que la abundancia es condición necesaria y suficiente para la felicidad humana ha dejado de dar frutos”.

La tesis de Lipovetsky es que la felicidad se encuentra mediatizada por la sociedad de hiperconsumo; una sociedad que “nos pierde y nos salva al mismo tiempo”; aumentan las insatisfacciones y las ocasiones para librarse de ellas. En ella hay un elemento de fondo, desestructurante objetivamente; la quiebra de la *sociedad tradicional* ha dejado a los individuos sin contar con apoyos colectivos, comunitarios: “Atomizado, reducido a sí mismo, empujado a ampliar indefinidamente el círculo de sus deseos, el individuo no está ya preparado para soportar los infortunios de su existencia. Bajo un diluvio de incitaciones a gozar de la vida, aumenta inevitablemente la distancia entre las promesas del Edén y lo real, las aspiraciones a la felicidad y la existencia cotidiana. En la civilización de la felicidad de masas, cada cual tiende a fijarse mucho más en sí mismo y ve todo o que le separa de la plenitud, y se da cuenta de que la vida no se parece a lo que está en condiciones de pretender”.

En la sociedad de hiperconsumo el descontento progresa al mismo ritmo que el propio consumo. Pero importa destacar que en opinión de Lipovetsky el núcleo del problema no se encuentra en el consumo sino en las relaciones personales, no es una cuestión material sino afectiva y de integración o relaciones sociales. Para él, al contrario de lo que se repite muchas veces: “Se sienten menos las torturas del consumo obsesivo que las de la vida afectiva, íntima, profesional. Las frustraciones vinculadas al consumo tienen un límite, las relativas a la existencia subjetiva e intersubjetiva se agravan, ya que las sensaciones de carencia que más se expresan se refieren a la comunicación, el amor, la realización profesional, el reconocimiento, el respeto, la autoestima”. Por eso mismo, advierte que muchas de las consideraciones sobre el consumo hay que matizarlas en función de clase social, en concreto a las afectadas por la precariedad y la pobreza. El “infierno no es el espiral interminable del consumo, es el subconsumo de las poblaciones frágiles que viven en el seno de una sociedad de hiperconsumo”; “no se sienten pobres sólo porque consuman pocos bienes y diversiones, sino también porque consumen demasiadas imágenes de felicidad comercial”. La *televisión* se convierte en un elemento desencadenante de frustraciones. El pasar mayor número de horas ante el televisión se convierte en un desequilibrante modelo que acrecienta “la diferencia entre la realidad y lo que se espectaculariza como modelo ideal, la brecha que separa la exhortación al consumo del coste real de éste”. Un creciente desnivel que desencadena delincuencia y violencia.

En la práctica, la dinámica de la felicidad en las sociedades desarrolladas se presenta de manera semejante a los delirios que se suscitan en el desierto con las alucinaciones que hacen ver oasis. Cuando ya se llega, en realidad el objetivo queda desplazado; siempre se encuentra más allá de la tierra alcanzada. Se trata de una meta en desplazamiento permanente hacia un más allá siempre inalcanzable. Es un viaje sin fin que nunca satisface nuestras necesidades o aspiraciones. Lo mismo ocurre en la sociedad occidental con la felicidad. Al vincularla a los bienes materiales, se produce una insatisfacción estructural, donde cada logro material —como en el oasis del desierto— queda desplazado de inmediato por un nuevo objetivo posterior. Y la felicidad real queda restringida a los momentos concretos de los disfrutes de los logros provisionales, a las pausas de las conquistas parciales, con su inmediata obsolescencia programada, que Marcuse ya denunció, que se alimenta desde la publicidad.

La potencia cultural del consumo en la sociedad moderna se manifiesta de lleno cuando los centros comerciales se han convertido no solo en lugares de compra, sino que son espacios privilegiados de ocio, con asistencias multitudinarias los fines de semana. Esa hiperpresencia comercial de la felicidad se agudiza en determinadas ocasiones como son en las festividad-

des de Navidad y nuevo año. Hace unos años, a finales de 2007, fueron enviados mundialmente 43.000 millones de mensajes deseando amor y felicidad a sus familiares y amigos. El “Soy Edu: Feliz Navidad” se ha convertido sin duda en un pingüe negocio para la telefonía móvil, pero también exponente de esa comercialización superficial del señuelo de la felicidad.

3. FELICIDAD Y RENTA: LO COLECTIVO Y LO INDIVIDUAL

El dinero no da la felicidad, pero procura una sensación tan parecida, que se necesita un especialista muy avanzado para verificar la diferencia.

Woody Allen.

Si la aspiración a la mejora en la situación social económica y social es probablemente universal, hay que decir que siempre ha venido acompañada con la convicción de que la abundancia no elimina los problemas. Lo sintetizó muy certeramente un sociólogo, David Riesman quien en 1964 se preguntaba “*Abundancia ¿Para qué?*” y respondía pragmáticamente que cuando se accede a la abundancia, aparecen nuevos problemas, no menos graves, lo que origina que la gente huya a lo que llama “utopismo de la vida privada, de la vida doméstica”, ámbito de la felicidad privada. Pero tampoco parece la vida hogareña una arcadía feliz como revela la creciente preocupación por la violencia doméstica. “Los ricos también lloran” no solo es el título de una serie televisiva, sino la evidencia de que los sufrimientos y la infelicidad están mucho más dispersos que las riquezas y el dinero. Examinar por tanto los vínculos entre felicidad y renta parece cuestión obligada.

Todas las precauciones son pocas para examinar esta relación. Hay que tener presente ante todo que las valoraciones personales nunca se producen en el vacío, al margen de realidades colectivas o del conjunto de la propia biografía. Lo personal o subjetivo es un resultado depurado de múltiples vivencias entremezcladas. Influyen variables objetivas y subjetivas, la experiencia temporal del pasado, presente y perspectivas de futuro, o circunstancias personales o del entorno —coyunturales o no— de paro o enfermedad, para configurar la síntesis subjetiva concreta. Las circunstancias de contexto pueden ser tan determinantes como las propias experiencias indi-

viduales para establecer la felicidad individual. Nos lo advirtió admirablemente Albert Camus al evocar su propia experiencia: “Crecí en el mar y la pobreza me fue fastuosa; luego perdí el mar y entonces todos los lujos me parecieron grises, la miseria intolerable”. Los lazos o nexos de interferencia entre circunstancias objetivas y la felicidad subjetiva son desde luego mucho más hondas de lo que se suele reconocer en la literatura del tema, y añaden hasta el infinito complejidad a la cuestión. Ninguna frontera existe entre ambas, sus interferencias son innumerables.

La felicidad individual se construye siempre desde un determinado marco de referencia, muy complejo y heterogéneo, entre los ciudadanos. Su valoración se hace desde un determinado contexto cultural y social y no en un momento concreto de la biografía personal, sino en el conjunto de toda esa misma biografía y, desde luego, también según el entorno humano y social en el que se desenvuelve. Pero es que, además, no es la realidad en su pureza, sino nuestra condicionada percepción e interpretación de la realidad, o para decirlo con precisión en términos sociológicos, el marco de referencia desde donde la interpretamos, la que condiciona la valoración de nuestra realidad. Disponemos de una prueba muy difundida de esa condicionada valoración de la realidad. Me refiero a la llamada “paradoja del bronce” descubierta por una economista interesada en la psicología de los atletas en las Olimpiadas de Barcelona. Encontró algo aparentemente sorprendente: Quienes obtuvieron la medalla de bronce, mostraban más satisfacción que quienes consiguieron la de plata, algo objetiva y notoriamente inesperado. ¿Por qué se producía tan anómala reacción? Por el diferente marco de referencia utilizado por los atletas: quienes obtuvieron medalla de plata se comparaban con los de oro, es decir con quienes les habían superado; los de bronce por el contrario lo hacían con quienes no lograron subirse al podio, es decir con quienes habían quedado peor que ellos. El marco de referencia empleado para juzgar el propio comportamiento, desencadena efectos muy diferentes en la evaluación de los resultados.

La naciente sociología en el XIX contribuyó desde luego a alimentar una percepción negativa de la relación entre renta y felicidad. Fueron muy numerosas las aportaciones —de Tocqueville, Toennies, Weber, Durkheim o Simmel— sobre las enfermedades desencadenadas por la modernidad; una orientación difundida también en la obra de creadores de la época, como Balzac, Stendhal, Flaubert o Zola. Cada uno centró su desencanto con algún aspecto concreto pero quizá fue Durkheim quien lo analizó con más atención en el contexto de su estudio del suicidio. Sostuvo que existía un malestar por así decir estructural, porque las expectativas humanas crecían más deprisa de lo que mejoraba la vida material. Por eso la desilusión era el precio que se pagaba por mejoras materiales inimaginables en el pasado. El resultado del progreso material era la incertidumbre moral y el pesimismo y

la dislocación de las normas desajustadas a la nueva realidad. En *De la división del Trabajo Social* (1889) sostuvo que el nivel de progreso de la sociedad tiende a ser inversamente proporcional a la felicidad humana. La estabilidad de las sociedades primitivas no hace aumentar los deseos o las expectativas del individuo, y por eso no hay problemas de infelicidad como de suicidio. Son sociedades sin anomia, frente a la desorganización de la sociedad moderna; la modernidad ha traído consigo el progreso, eso sí, pero también un aumento del sentido del aislamiento individual y la sensación de inseguridad.

Las conexiones entre los componentes subjetivos y objetivos hacen difícil delimitar el influjo concreto de la renta en la felicidad individual. Unas sociedades que entronizan “La cultura de la queja”, por utilizar el título del conocido libro de Hughes, alimentan sin cesar un enfoque negativo de su propio presente. Sobre todo porque probablemente las sociedades desarrolladas cuentan con elementos estructurales de pesimismo. Las examinó muy certeramente Raymond Aron en *Les désillusions du Progres* (1969), cuando después de estudiar las dinámicas de la igualdad, socialización y universalidad, reconocía que el pesimismo es un elemento inserto en las sociedades desarrolladas porque, como sociedades de cambio, no se comparan con su pasado sino con sus ambiciones de futuro; algo así como el atleta medalla de plata que se compara con quien obtuvo la de oro. Es la dialéctica de la modernidad, basada en una “insatisfacción endémica” alerta Raymond Aron. Siempre se genera desnivel entre los objetivos que persiguen y los logros que materializan; crecen siempre más, y más rápidamente, las expectativas que los logros (que es por otra parte de diferencia generadora de revoluciones, en la teoría de Davis). De ahí la crítica permanente y el distanciamiento intelectual con la realidad existente. Un pesimismo estructural agravado por la imposibilidad de llevar a la práctica en toda su pureza los principios —la justicia social, la igualdad, el bienestar— que la fundamentan y alientan, imposibilitada de responder a los deseos que suscita. Los avances y logros solo marcan, incesantemente, los límites de la nueva frontera. Y el deber de ser feliz que hoy impone nuestra cultura transforma la banalidad de la rutina en un fracaso sin fin, como muy bien vio Pascal Brukner en “La euforia perpetua, sobre el deber de felicidad”. Del derecho a la felicidad se ha pasado al deber de ser feliz, y ese mandato cultural genera la frustración estructural en las sociedades modernas.

En la última década se ha publicado una ingente cantidad de estudios, análisis y encuestas sobre las relaciones empíricas entre renta individual y sensación de bienestar. Y desde luego, pese al incremento de los ingresos, de la esperanza de vida, de la mejor salud y de tantas otras cosas, los ciudadanos de los países occidentales no han logrado ser más felices en los últimos cincuenta años. Un salario alto compra la satisfacción pero no

la felicidad, pero si el dinero no da la felicidad, no tenerlo puede hacer muy desgraciado; por eso se ha dicho muchas veces, irónicamente, que el dinero no da la felicidad, pero el de otros. Más allá de las diferencias existentes entre las clases sociales, la sociedad de hiperconsumo individualista analizada por Lipovetski se asienta en una paradoja inexorable: “Las satisfacciones que se viven son más numerosas que nunca, la alegría de vivir no avanza, léase retrocede; la felicidad parece siempre inaccesible, aunque, al menos en apariencia, disponemos de más ocasiones para recoger sus frutos. Este estado no nos acerca ni al infierno ni al cielo: define simplemente el momento de la felicidad paradójica”.

En el mundo desarrollado la renta y el bienestar hace aumentar el espíritu crítico, la percepción de las insuficiencias y la valoración negativa de un estado de cosas que conduce a la subsistencia de necesidades, injusticias y carencias en grupos e individuos. La sociedad hoy, y no en el pasado, aspira a ser feliz; con anterioridad la escasez, la pobreza y la corta esperanza de vida, hacían imposible plantearse objetivos vitales como estos. Con el bienestar, crece casi paralelamente el malestar —o por lo menos el discurso del malestar—, aunque las cosas fluyan de manera diferente en la realidad. No cabe duda que esta tendencia contiene algunos componentes cínicos que la resumió muy bien Bertrand Russell al escribir que: “La pobreza lleva al pueblo a creer que nada vale la pena, y el confort hace soportable la tristeza de ese razonamiento”.

La idea y la aspiración a la Felicidad se ha democratizado; antes era patrimonio exclusivo de los niños, salvando desde luego las apreciaciones de Freud. La sociedad los considera destinatarios obligados de la felicidad. Ellos —y la Luna de Miel para los adultos— constituyen momentos de legítima exaltación pública de la felicidad. Pero ahora ese sueño se ha universalizado en las sociedades avanzadas; todos y en todas las situaciones participan de la misma aspiración; ahora adultos, viejos, discapacitados, parados, enfermos, inmigrantes han de desenvolverse en la misma perspectiva: la felicidad para todos en todos los momentos de su vida. Es la felicidad para todos, algo bien diferente y que desborda por completo aquella percepción ideológica detectada por Saint Just.

La investigación sobre la relación entre felicidad y renta, se encuentra marcada por la célebre paradoja de Easterlin, de 1974, donde sostuvo que no existe correlación entre mayor riqueza y mayor felicidad; a partir de un determinado umbral que cubra las necesidades básicas, el incremento del dinero no afecta a los niveles de felicidad. Cuando toda la sociedad mejora, no se incrementa la felicidad, pero sí cuando progresamos más que nuestros vecinos. Y desde entonces, son mayoría las investigaciones que, con mayor o menor énfasis, reproducen esta interpretación.

Numerosos estudios han mostrado también que los incrementos en el PIB no afectan a la felicidad de los ciudadanos. Los países ricos viven más satisfechos que los pobres. Pero los países desarrollados son mucho más ricos que hace 50 años, y sin embargo no son más felices; se mantiene en torno al 30 % los ciudadanos que se consideran muy felices. Muchos países europeos superan la felicidad de USA, pese a su menor renta per cápita. Asimismo, por encima de los 20.000 dólares de renta per cápita, los ingresos no están correlacionados con mayor felicidad. El estudio de Layard subraya también que la satisfacción tiene componentes relacionales muy claros; si otras personas aumentan sus ingresos, disminuye la satisfacción con los propios. El dinero sólo te hace más feliz si te hace más rico que tus vecinos. El experimento realizado en Harvard que cita es muy ilustrativo. A los participantes se les dio a elegir entre ganar 50.000 dólares al año y que sus compañeros ganaran 25.000, o cobrar 100.000 y que sus compañeros ganasen el doble. Y la mayoría prefirió cobrar 50.000; se trata de un experimento pero su resultado no debe despreciarse. Por eso, no son más felices los que más tienen, sino los que más disfrutan con lo que tienen. Y menciona siete grandes determinantes de la felicidad: las relaciones familiares, la situación financiera, el trabajo, la comunidad y los amigos, la salud, la libertad personal y los valores personales o la filosofía de la vida.

Tal vez sea este componente relacional el que explique las diferencias de satisfacción por clase social; una cuestión que está mediatizada por ideologías y estereotipos de todo tipo. La literatura los recoge con abundancia y quizá en uno de los cuentos de Chejov se encuentra una descripción muy gráfica de la felicidad por clases sociales al escribir: “No le dé usted vueltas, señora —dijo Estefanía—; hasta en el otro mundo los ricos serán más felices que nosotros. Los ricos mandan decir misas, les ponen velas a los santos, les dan limosna a los mendigos, y Dios, a quien tienen contento, les recompensará en la otra vida; mientras que nosotros, los pobres campesinos, ni siquiera tenemos tiempo para rezar, además de no tener dinero para velas, misas ni limosnas. Luego, nuestra pobreza nos hace pecar... Reñimos, juramos... Y Dios no nos perdonará. No, querida señora, nosotros, los campesinos, no seremos felices ni en este mundo ni en el otro. Toda la felicidad es para los ricos...”

Pero uno de los estudios más recientes ha sido el trabajo del economista británico Angus Deaton, reciente Premio Fronteras de Conocimiento del BBVA, con el Premio Nóbel Daniel Kahneman, en septiembre 2010; analizaron la relación entre ingresos y sensación de bienestar emocional, en 450.000 estadounidenses durante 2008 y 2009 para indagar la relación entre dinero y felicidad. Diferenciaron dos conceptos. Uno el bienestar emocional que alude a las sensaciones felices cada día —para lo que se tuvieron en cuenta sensaciones positivas positivas como risas y sonrisas—; y el otro

la evaluación de la vida, establecido con la calificación de su propia vida con nota de cero a 10. Sus conclusiones revelan que tener más dinero mejora la evaluación de la vida, pero no las experiencias positivas diarias. Puntuaban mejor su felicidad pero no se reían más ni tenían más ratos de alegría o disfrute. Por eso sostienen que un salario alto compra la satisfacción pero no la felicidad. Sobre todo a partir de los 75.000 dólares anuales, tener más renta no aumenta la felicidad. Su investigación demuestra las emociones no son completamente ajenas al dinero, pero no es decisivo: “las emociones son más resistentes a las circunstancias económicas que nuestra percepción de cómo nos va la vida”.

Con felicidad o sin ella, lo indudable es que de la tópica trilogía de salud, dinero y amor, los individuos sienten que, sobre todo, carecen de dinero. En mayo de 2009 una encuesta de Metroscopia preguntó en España, “¿Qué diría que ahora le falta más en su vida?. Y el porcentaje de personas que responden dinero (35 %) es cinco veces superior al de las que responden cariño (7 %), con una singular matiz: entre quienes echan de menos cariño, hay tres veces más mujeres que hombres. Al 26 % de la población lo que les falta es “tiempo”, y al 19 % salud. Y la sensación de carencia debe estar muy arraigada; los resultados son casi idénticos a la misma pregunta formulada veinte años antes, en 1986.

4. EPILOGO PARA NO CONCLUIR

No resulta sencillo poner fin al análisis de un tema de tan complejas causas, conexiones y efectos y que, además, tiene tantas implicaciones en la vida cotidiana de los ciudadanos. Pero con toda provisionalidad sería necesario concluir el estudio de la felicidad hoy con varias afirmaciones. Se saben muchas cosas pero necesitamos también orientar la investigación para cubrir las limitaciones de los estudios disponibles y que hemos revisado.

1.- Disponemos de gran número de estudios sociológicos, pero que nos *ofrecen análisis fotográficos*, del momento; en ocasiones sucesivos sobre el mismo país o grupo social. Pero serían necesarios *estudios longitudinales* rigurosos que permitan conocer pautas de cambio en el tiempo y sus causas.

2.- No conocemos monografías que examinen en profundidad *los desplazamientos o redefinición de uno a otro objetivo de felicidad*, materia que me parece más de fondo que las radiografías, tan abundantes, de las situaciones sentidas de la felicidad en un momento concreto. Y se producen evidentemente esos cambios de objetivos. Se trata de conocer cómo, por qué y desde cuando se producen desplazamientos de un elemento a otro, de un factor a otro, en la determinación de la felicidad personal. En qué

medida por ejemplo puede haber cambiado el énfasis desde contar patrimonio importante, a disponer seguridad o a realizar un estilo de vida juvenil.

3.- Menos sabemos todavía de *los desplazamientos dentro de un mismo objetivo*. Por ejemplo, en el caso del matrimonio. Primero, el ideal de felicidad en el matrimonio es una idea muy reciente históricamente. Pero además, se ha producido un claro desplazamiento hoy centrado en la propia persona y la de la pareja, y antes en los hijos o el propio grupo familiar. Y nada se sabe sobre ese desplazamiento y lo mismo habría que decir sobre otros muchos desplazamientos en otros componentes de la felicidad individual.

4.- No sabemos hasta qué punto ni cómo funcionan operativamente *las conexiones entre lo colectivo y lo individual*, o lo objetivo y lo subjetivo. Se necesitaría conocer el grado de autonomía real que tiene el sentimiento de felicidad individual, respecto al contexto colectivo. Sería muy importante desentrañar de qué manera concreta mediatiza lo colectivo en lo individual en la percepción de la felicidad.

5.- Tampoco sabemos *qué esfuerzos concretos —si es necesario— se está dispuesto a realizar para obtener* un determinado objetivo de felicidad y también luego para mantenerlo; ¿por todos los objetivos se está dispuesto a pagar el mismo precio?

6.- Tampoco conocemos con precisión *el grado de variación de las causas de felicidad dentro y entre las sociedades* y cuales sean las causas determinantes de estas variaciones. La erosión de los motivos de felicidad, ¿opera de igual manera y rapidez en todos los motivos y en todas las personas o a qué se deben esos cambios si los hay?.

7.- Y por último, y sería necesario abordar en España, *qué efectos concretos produce la grave crisis económica en la atribución de valor a la felicidad personal y los posibles cambios que puedan estarse produciendo en sus componentes*. Es notorio que la economía está sujeta a ciclos, ¿ocurre también con la felicidad? Y en concreto qué componente de la crisis es en el que produce los efectos, ¿es la pérdida personal de trabajo o también el crecimiento colectivo del desempleo?, ¿es la disminución de la renta o su incertidumbre de futuro? ¿qué prolongado es ese futuro y es igual de duradero en todos los casos y clases sociales?.

Estas y otras muchas preguntas sería conveniente responder para contar con un conocimiento cabal de este fenómeno tan caleidoscópico y vital como es la felicidad humana.

